

UN AÑO EN EL HOSPITAL
DE SAN LAZARO



UN AÑO

EN

El Hospital de San Lázaro

Era la noche del 23 de Mayo de 1840. No habiendo tenido por conveniente el gobierno aceptar las bases que, para una capitulación, propuso el comandante de las tropas encerradas en Campeche, por medio del cónsul francés Mr. Pharamond, y del comandante de la estación francesa en el golfo Mr. Cosmao, al de las fuerzas sitiadoras, no quedó otro recurso que estrechar el asedio de la plaza. Las familias se desbandaban á centenares hacia todas direcciones. La confusión reinaba dentro y fuera de la plaza sitiada. Rotas las hostilidades, mi puesto estaba en el reducto de San Miguel; y bajo una granizada de balas y bombas, salí en una ca-

lesa, de la plazuela de San Román, conduciendo los papeles de la comandancia, de que yo era secretario. Enfrente del castillejo desmantelado de San Fernando, el caballo de la calesa se resistió tenazmente á ir más lejos. Al fuego de las baterías había seguido una deshecha tempestad, y las nubes caían desgajándose en impetuosos torrentes de lluvia y electricidad. La escuadrilla, surta en el puerto, secundaba con recias andanadas de artillería la turbación de los cielos. Siéndome imposible avanzar ni retroceder, entré á guarecerme en San Fernando; pero las dos pequeñas habitaciones que contiene, estaban henchidas de enfermos y heridos, que sufrían mil molestias en un recinto tan estrecho. Serenada un tanto la atmósfera, resolví continuar mi marcha á pie, con el pequeño lio de papeles bajo del brazo, porque la calesa ya no estaba allí. ¡Vanos esfuerzos! La noche estaba obscurísima, y el camino intransitable, porque de las colinas y oteros inmediatos, corrían al mar una multitud de arroyuelos formados por la lluvia, y que obstruían enteramente el paso.

De repente percibí el sonido de una vihuela, y á la luz de los relámpagos, hallemme frente á frente del hospital de San Lázaro. Un pavor extraordinario se apoderó de mí. Mis cabellos, aunque depri-

midos por la humedad, y pegados enteramente á la cabeza, se me erizaron de espanto. Yo miraba con tal horror aquel domicilio de miseria y confusión, que nada en el mundo me hubiera hecho entrar voluntariamente en un lugar, cuyo nombre estaba en mi mente identificado con escenas tan horribles y extravagantes, como las que leemos en los cuentos fantásticos de Hoffman. No estaba en mi mano, mucho menos en aquella conjuntura, vencer la repugnancia que sentía. En medio de una tempestad deshecha, á las puertas de un hospital, á pocos pasos de un cementerio, hallándonos rodeados de todos los horrores de la guerra, y escuchando voces confusas, mezcladas con el sonido armonioso de aquella vihuela, todo eso me pareció tan extraño é inusitado, que apenas me atrevía á pensar en una situación tan singular, sin sentir que las carnes se me horripilaban. Pero, en fin, el cielo volvía á encapotarse, las horas avanzaban, y mi posición iba haciéndose más rara cada momento. Me resolví al cabo... llamé con mal seguro pulso, tocando aquella puerta misteriosa; y vino á abrirme una persona que yo conocía mucho por algunas rarezas de su carácter, que otros llamarían locuras. Su vista en aquel sitio acabó de desconcertarme; pero muy pronto me volvió el espíritu al cuerpo, cuando en vez de ha-

llarme en el festín de los Centauros y los Lapitas, ó encerrado en un círculo parecido al coro misterioso de monjas que giraban al rededor de "Roberto el Diablo," me encontré con gentes amigas, divertidas y de buen humor; de esas gentes que no penan por nada, y que en la dispersión general de aquellos días, invadieron el hospital de San Lázaro, al cual miraban como un punto de seguridad y de recreo. ¡Loado sea Dios, pues hay hombres para todo! Allí pasé, en ruidosa plática, todo el resto de la noche.

Y allí también recogí las noticias de una triste historia, que hoy, en forma de cartas, comienzo á publicar. La mayor parte de los sucesos que en ella se refieren, son verdaderos en el fondo, aunque variados los personajes, y aun la época del acontecimiento principal. En este punto, no he querido renunciar á mis privilegios de narrador de leyendas y novelas. Acaso el interés de la presente no será mayor cosa, ni la forma que he adoptado cuadrará á todos los lectores. Yo mismo tengo una decidida aversión á las novelas escritas en forma de cartas, á excepción, tal vez, de las del inimitable "Richardson." Pero eso mismo me ha estimulado á vencer semejante preocupación, que lo es sin duda alguna, pues que personas muy entendidas opinan de diversa manera, aunque es verdad que en

materia de gustos poco puede decirse. Bueno ó malo este pequeño ensayo, no he podido resistir á la tentación de presentarlo al juicio de mis amigos, seguros, como deben estar, de que su crítica la aceptaré con deferencia y estimación.

Mérida, 1º de Enero de 1845.

José Turrisa.



CARTA I.

Melchor á Manuel.

Mérida, 9 de Diciembre de 1823.

Mi querido Manuel: como te dije en mi anterior, por ayer debía llegar Antonio de la hacienda de su familia, á donde se había retirado por consejo de nuestro buen D. Alejo. D. Pablo estaba consternadísimo y alarmado, con las funestas noticias que el cura le comunicó, sobre el estado de la salud de un hijo, que ama mucho más aún después de la sensible muerte de D^a Felipa. El doctor y yo esperábamos el momento crítico, desde las cinco de la tarde.... Al toque de las oraciones de la noche llegó en efecto.... ¡Ay, querido amigo! me es imposible explicarte la impresión que en mi ánimo causó la presencia de nuestro amigo, del compañero de nuestra infancia, y en quienes todos tenían tantas y tan fundadas

esperanzas. No hay remedio. La fatal enfermedad se ha desarrollado espantosamente, y en opinión del doctor, no existe poder sobre la tierra, que sea capaz de cortar su rápido progreso, pues que la ciencia sólo sería parte á prolongar la penosa agonía que le espera. El infeliz hizo algunos esfuerzos para aparecer sereno y jovial, preguntó por sus parientes, me habló de tí, de sus deseos de verte, de sus dibujos, de la colección de pájaros disecados que ha formado, en fin, de todo lo que más pudiera lisonjearle y agradarnos. Pero seguramente no supimos ocultar nuestra emoción, que har-to la revelaban el aire pensativo de Dancourt, las lágrimas mal reprimidas de D. Pablo, y mi respiración oprimida y angustiada. Ello es que de improviso me tomó la mano, fijó en mí una mirada ardiente, lanzó un profundo gemido, y se arrojó, medio desmayado, en mis brazos: ¡pobre Antonio, pobre Antonio!

Merced á nuestros esfuerzos, volvió á poco rato de aquel vértigo. Procuramos tranquilizarlo, aunque necesitábamos de tanto consuelo como el enfermo, y lo llevamos á la cama. Dancourt, ese sabio modesto á quien Yucatán, y Mérida especialmente, debe un sinnúmero de bienes: Dancourt, que mira á Antonio con singular predilección, permaneció al lado

de su lecho hasta las diez y media, hora en que yo también me retiré.

No me atrevo á pensar en la tristísima suerte que espera á Antonio. Tan joven, tan lleno de vida y lozanía, con un brillante porvenir hasta ahora poco.... y hoy.... ¡Qué mundo tan engañoso! Antonio está de tal manera desfigurado, que, á pesar de lo prevenidos que estábamos para verle en esa horrible situación, nos sorprendió extraordinariamente. Su piel arde, y el pulso late con notable desigualdad. Su color es lívido á veces, y á veces es de un rojo subidísimo. Los ojos están desencajados, el cabello y las cejas han caído casi del todo. Su aliento es pestilente, y las manos y los pies están cubiertos de úlceras pútridas y malignas. ¡Qué mutación en tan poco tiempo! ¿Quién ha de creer que este Antonio de hoy, es aquel joven robusto, galán y lozano, que era el amor y encanto de cuantos lo trataban? ¿Cómo ha podido la naturaleza destruir con tal rapidez, y de una manera tan horrible, esa obra suya de las más acabadas?

¡Ideas funestas se me presentan, querido Manuel! Esta enfermedad casi improvisada, yo sospecho que tiene un origen más antiguo. La decencia, el pudor, el respeto debido á un padre como D. Pablo, acaso han obligado á Antonio á no descubrirse, ni aun con nosotros. Es-

te es un misterio para mí; pero el doctor lo penetró, aunque tarde, y de allí provino, sin duda, el malhadado viaje á la hacienda de campo. Yo creo que debe escudriñarse todo esto, para ver si es posible, conocida la causa del mal, arrancarlo de raíz, y salvar una vida tan preciosa. Pero no: yo me alucino. No es posible montar de nuevo esta máquina admirable. cuando se han relajado sus poderosos resortes.

No sé, amigo mío: realmente no sé lo que me pasa cuando pienso en ciertas cosas. Una catástrofe, en que no me atrevo á fijar mucho la consideración, va á preceder, me parece, á la pérdida de nuestro amigo. El, no hay duda, está "lazarino." Imposible es que esto se oculte á la vigilante policía de la ciudad, y ya sabes la rigidez de los reglamentos en este punto, y que no se relajan, ni en favor de la persona más caracterizada. ¿Entrevés ya la suerte que espera á nuestro pobre amigo? ¡Plugiese á Dios que me equivocase! Yo daría hasta la última gota de mi sangre, para que se librase de esa suerte tan infausta.

En este momento recibo un billete de nuestro buen D. Pablo, en que me invita con empeño á pasar á su casa. Algo ocurre, amigo mío. Yo suspendo aquí mi carta, para continuarla á mi vuelta. No me despido.

Somos 10.

¡ Veinticuatro horas de borrasca !
¡ Qué día y qué noche ! Todo está consumado. La crisis ha sido violenta, horrible; pero gracias á Dios que pasó, y el pobre enfermo, después de una lucha espantosa, se ha resignado con la voluntad divina.

La pintura que en su billete me hacía D. Pablo del crítico estado de nuestro amigo, me obligó á apresurar el paso, y llegué á la vez que entraban Dancourt, el padre Suárez y el cura V***, provocados estos dos últimos por el primero, á fin de que, poniéndose de acuerdo, se dedicasen los tres, todos ellos insignes médicos, á la curación del pobre Antonio, si había alguna esperanza de buen éxito. A súplica del afligidísimo D. Pablo, pasé inmediatamente á la alcoba del enfermo, á quien encontré arrodillado al pie de su cama, con la cabeza sobre ella, envuelta entre las sábanas, y lanzando tan hondos gemidos, que partían el corazón. Me detuve unos momentos contemplando aquel espectáculo lastimoso. Yo no podía articular una sola palabra; pero hizo un movimiento y me vió. Corrió hacia mí con los brazos abiertos, é iba yo á recibirlo, y estrecharlo entre los míos, cuando de improviso se detuvo, y "no, no, me

gritó, no debo abrazarte si soy tu amigo. Ya no hay padre, no hay familia, no hay amigos, no hay mundo para mí. Todo se ha acabado en un momento. Yo estoy "lazarino," enteramente "lazarino," leproso, proscrito de la sociedad, muerto civilmente. ¡Dios mio! ¡Muero, estando vivo aún! ¿Por qué permites que yo conozca la extensión de mi desgracia, haciendo así que sufra multiplicados martirios? ¿Tan grande ha sido mi culpa, que me condenas á un castigo tan atroz, tan odioso, tan insoportable? Perdón, perdón, Dios mio.... yo soy un necio; pero esta prueba es durísima." Lleno de amargura, y casi sollozando, interrumpí aquel arrebató, y á pesar de su abierta resistencia, lo abracé y estreché contra mi corazón, y se mezclaron nuestras lágrimas; pero no pude por entonces articular la más ligera expresión de consuelo. ¡Tan conmovido me encontraba en aquel lance, que duró más de media hora! Pasado este tiempo, nos sentamos en silencio, que se prolongó algunos minutos más; y mientras los médicos conferenciaban largamente en la sala, pasaba entre nosotros otro diálogo no menos triste. Antonio fué el primero que rompió el silencio, después de aquel acceso.

—Si fueras como aquellos amigos de Job, ahora te tocaría hablar, querido Melchor. Me dirías: ¿qué sé yo lo que me

dirías? Me dirías tal vez, que "los que obran iniquidad, y siembran dolores, y los siegan, perecieron al soplo de Dios, y fueron consumidos por el viento de su ira."

—Pero, amigo mio, ¿por qué había yo de decirte eso? ¿por qué te había de hacer una acusación tan injusta?

—Mira, Melchor, yo debo pagar mis culpas. Dios sabe lo que hace. ¿Por qué no he de conformarme con mi actual estado? A ratos me encuentro tan resignado con él, que dejo materialmente de sentir toda su amargura... Bien: viviré aislado, no veré los objetos más caros á mi corazón; pero yo os escribiré á todos.... leeré mis buenos libros.... me pasearé por las espléndidas orillas del mar. ¡Qué hermoso es el mar! Se habrán acabado mis ilusiones y proyectos; pero viviré de recuerdos gratisimos. No es lo mismo una existencia que otra.... es verdad, bien lo veo, y harto lo entiendo así; pero moriré.... sí.... moriré pronto, es decir, dentro de dos años, dentro de uno tal vez.... ó menos. ¡Moriré joven, muy joven, cuando se comienza á vivir! No importa: en sonando la hora fatal, ¿qué más da haber vivido ciento, que veintitrés años? En ese momento todo es igual: absolutamente igual.

—Por Dios, Antonio, no te atormentes así, ni nos hagas sufrir con semejantes discursos. Tú estás enfermo, es verdad; pero tu mal no es incurable, y yo tengo esperanza....

—¡Esperanza! ¡esperanza para un "lazarino!" ¿Qué hablas tú de esperanza, mal amigo? Para mí.... no hay esperanza.

—¿Y por qué no? Además: ¿quién te ha dicho que tú estás "lazarino?" Aun cuando tuvieras la desgracia de estarlo, yo he oído decir que suele curarse esa enfermedad, y sé de algunos casos en que el arte ha superado toda la resistencia que ofrecen los malos humores de un "lazarino." Todo lo hace el método, el buen régimen de vida, y sobre todo la juventud, que tiene mil medios para resistir una larga curación. No te desanimes, Antonio mío, y procura moderar esa tu imaginación volcánica. Acuérdate que tienes padre, que tienes familia y amigos.

—¡Ah Melchor, tú también quieres alucinarme! No sabes, amigo mío, el mal que me haces. Te agradezco esas palabras de consuelo, mi querido Melchor; pero yo te ruego que no me las repitas, porque desconcertarías mis cálculos todos.

—No quería ser indiscreto; pero....

—¡Ah, no, no es eso! Tú conoces, ¡im-

posible fuera que no lo conocieras!, que yo estoy "lazarino," y que un "lazarino" tiene que ir al hospital de S. Lázaro, á vivir y morir con los lazarinos, á comer y dormir con ellos.... ¡Régimen, método, juventud! Todo eso no importa nada, cuando el mal está desarrollado. Escúchame amigo Melchor. Yo caí en una fragilidad vergonzosa, cometí una culpa que me proporcionó una mala compañía: me precipité, caí en un fango inmundo y tuve.... el "gálico." ¿Lo sabías? Pues bien, sábelo hoy. Cuando yo me ví en tal estado, la vergüenza y el arrepentimiento vinieron; pero vinieron tarde. No quise descubrirme á mis amigos, y al doctor y mi familia mucho menos. Por ciertos medios que me facilitó un antiguo libertino, uno de esos infames, avezados á todo linaje de maldades, logré que desapareciesen las señales exteriores de esa maligna enfermedad, y mi sangre y mis humores todos se volvieron veneno, ponzoña horrible, que ha estado corroyendo los resortes de mi vida. Yo lo sé mejor que tú, Melchor: yo estoy "lazarino" sin remedio: yo debo morir de esta enfermedad espantosa; porque el pobre lazarino, quiero decir, el que padece de una enfermedad como la mía, el "lazarino," es horroroso por todas sus circunstancias. ¿Piensas acaso que no he observado el origen, progresos y estado

presente de mi dolencia? ¿Crees que desde el punto en que yo preví su término, me he figurado un momento que tendría otro remedio que la muerte? Verdad es que alguna ocasión solía alucinarme á mí mismo; pero así como en los locos habituales, un intervalo lúcido pasa con rapidez, como desapercibido, así esa ilusión se disipaba al instante. Por lo que es resignación, te lo diré francamente... aun no estoy todavía bastantemente resignado. Tengo momentos... yo no sé. En los pocos días que pasé en la hacienda, y en cuyo tiempo el mal se ha presentado ya de frente, no me ha sido posible habituarme á esa resignación, de que tanto necesito. ¡Si supieras cuán doloroso es perderlo todo de un solo golpe!... ¡Si leyeras aquí, aquí en mi corazón, todo cuanto pasa en él! ¡Si penetraras en lo interior de mi cerebro, y vieras una á una las imágenes siniestras y espantosas que en él se pintan! ¡Si vieras el tropel inmenso de ideas que en un momento se me ofrecen! Miserias, luto, sangre, angustias, agonías... todo me agobia horriblemente, amigo mío, todo me atormenta; pero ¡qué tormentos tan crueles, Dios misericordioso, qué tormentos tan crudos para una débil criatura! Piedad, Dios mío, piedad... piedad....

Y se levantó en el acto, en ese acto de delirio que comenzaba de nuevo; y con

el rostro notablemente encendido, midió diez ó doce veces la estancia con sus pasos precipitados. No puedo ni bosquejarte este cuadro, mi querido Manuel, ni sé en lo que habría terminado la escena, si felizmente no la hubieran interrumpido los tres médicos.

El cura V***, que tiene un ojo penetrante, y un tacto delicadísimo para conocer y calificar las enfermedades más graves é intensas, no bien hubo observado el semblante del enfermo, se mordió los labios, y en su mirada escudriñadora leí la fatal sentencia de nuestro amigo. Dancourt seguía profundamente pensativo, sin poder ocultar su emoción. Más sereno y apacible, más risueño, el padre Suárez hizo una serie de preguntas, cuyas respuestas parecían satisfacerle mucho; y hasta yo mismo llegué por un momento á persuadirme que algo podría conseguirse. La "consulta" que tuvieron los tres, al medio día, me hizo perder definitivamente toda esperanza, y desde entonces sólo pensamos en los preparativos para el ominoso viaje al hospital de San Lázaro.

Los médicos volvieron, al cerrar la tarde, á notificar su dictamen al paciente, porque era preciso, y porque en eso tenían grave responsabilidad si hubieran dejado de hacerlo. Además, créimos prudente que no debía malograrse la oportu-

nidad de aquel momento, en que Antonio estaba tranquilo, y profundamente convencido de la malignidad de su dolencia, y de la necesidad de someterse á los reglamentos de la policía. Felizmente, durante la visita, no tuvo ningún arrebato. "No me oculten ustedes nada, decía á los médicos, porque sería inútil. Háblenme con entera libertad y franqueza, pues yo tengo que arreglar algunos asuntos, antes de partir para Campeche. Yo sé que estoy "lazarino:" que los "lazarinos" deben de ir á sepultarse vivos en San Lázaro, porque su mal no tiene remedio, y porque las leyes, no sé yo si buenas ó malas, han proscrito á los pobres leprosos. ¿Pero este viaje deberá ser pronto, mañana, de aquí á dos días? Concédanme ocho no más, si es posible, y partiré gustosísimo, es decir, no precisamente gustosísimo, pero sí consolado." Como debes suponer, los médicos, principalmente D. Alejo, se enternecieron, y le prodigaron todos los consuelos imaginables. El padre Suárez le aseguró que podía disponer de quince días, pues al efecto iba á dar pasos de éxito seguro. Algunas lágrimas no más se cruzaron al terminar esta escena. ¡Ese padre Suárez, qué alma tan ardiente y apasionada tiene! Joven, como es, ¡qué conocimiento tan profundo posee de los males de la vida, y de las miserias de la pobre humanidad! ¡Qué

delicadeza y miramiento para sentar la mano sobre las llagas del corazón!

Después que salieron los médicos, me dijo Antonio con solemnidad. "Preguntabas, Melchor, que ¿quién me había dicho que yo estaba "lazarino?" Ya lo oíste: déjame, pues, meditar en las postrimerías del hombre." Sentóse en una poltrona, y desde aquel momento comenzó una agonía horrible, fatigosa y angustiada. Una especie de estertor, convulsivo y anheloso, se apoderó del enfermo, que duró desde las siete de la noche, hasta la una de la mañana. ¡Seis horas de martirio! En todo ese tiempo no habló una sola palabra. Gruesas lágrimas brotaban de sus ojos, medio cerrados. Ninguno de los circunstantes se atrevía á hacer el más ligero ruido. Dancourt volvió pronto, colocó su silla al lado del paciente, y no abandonó el pulso de éste, mientras duró el deliquio. "No hay cuidado, nos decía el doctor en voz remisa, no hay cuidado: es una crisis moral, que pronto va á pasar. No hay fiebre..." Pasó en efecto; pero las primeras palabras de Antonio, fueron palabras de maldición; una blasfemia. Ese fué el término de la crisis, que, por lo pronto, nos hizo creer que había degenerado en un delirio funesto. "¿Dios implacable, formaste á la criatura para re-

crearte en sus tormentos? ¡Perezca el día en que ví la primera luz!”

—¡Cómo es eso, hijo mío! gritó D. Pablo. ¿Son dignas esas palabras horribles de un hijo mío, de un hijo educado en las máximas santas del cristianismo? ¿Piensas acaso, hijo infeliz, que los sufrimientos, que la angustia y el dolor de tu padre, son inferiores á los que tú padeces? ¿No me ves resignado con la voluntad del Todopoderoso, y bendecirlo, y adorarlo....?

Antonio interrumpió este discurso, arrojándose á los pies de D. Pablo. “Perdón, Dios mío: perdón, padre mío” gritaba sollozando. ¡Ah! no puedo concluir esta pintura.

De allí en adelante, la escena cambió. A excepción de una ú otra ligera ráfaga de exaltación, la voz, los ademanes y los discursos de Antonio, eran tranquilos, dulces y tiernos. Sus reflexiones eran profundamente filosóficas; y cuando hablaba del mundo, de la vida y de sus encantos, se me figuraba oír oráculos y sentencias de la venerable antigüedad. ¡Qué alma tan bella y tan sensible! ¡Qué pérdida tan irreparable vamos á sufrir, mi caro amigo! Puedes suponer cómo nos hallaremos todos en este momento, en que, por la novedad, nuestras almas no pueden acostumbrarse aún á estas primeras impresiones, tan tristes como pro-

fundas. Escusado me parece decirte cuál es la situación del contristadísimo D. Pablo. Figúrate lo horroroso de la enfermedad, el amor que tienen á Antonio todos los suyos; y por lo que tú experimentes al sabes esta triste y lamentable historia, podrás inferir lo que pasa en aquella casa, antes morada de la paz, de la alegría y del contento.... y hoy... ¡Pobre Antonio, mi querido Manuel, y pobres nosotros que vamos á perderlo!!

A las siete de la mañana me retiré. Antonio me dijo que iba á descansar para escribirte. Lo dejé profundamente dormido, y yo vine á repararme algo de la mala noche. He dormido en efecto cuatro buenas horas, antes de concluir esta carta, que comencé á escribirte ayer muy temprano. Consérvate bueno, amigo mío. Se me pasaba decirte que D. Pablo me encargó te previniese, de su parte, que realices, ó no, la última factura que te remitió á esa plaza en la goleta de Cupull, procures venir en el primer buque americano que se te proporcione, si no pudiese ser en la misma goleta de Cupull. Nunca podrá verificarse esto antes de la partida de Antonio para San Lázaro; pero de todos modos, es preciso que obsequies la insinuación de tu deudo y favorecedor D. Pablo, abandonando allí los negocios, para que vengas á consolar á